

MÓDULO 4:
MARÍA Y RODE: DOS VOCES DE AYER PARA HOY
Hechos 12:12-17

La historia tiene también personajes anónimos, casi desconocidos, o protagonistas que son mencionados al paso, como si carecieran de importancia o no se tuviera mayor interés en su presencia. Pero ellos también cuentan, especialmente, si se pretende tener una historia real, verídica, sincera, desprejuiciada. Parte del problema es que la historia se construye a partir de los “grandes”, dejando a un lado a los de a pie, los que cuentan poco o nada, según el criterio de quien escribe esa historia. Habría que precisar, sin embargo, que en la historia de un pueblo o de la iglesia, todos cuentan, porque todos son protagonistas, tanto los visibles como los invisibilizados.

En Hechos de los Apóstoles, se menciona a dos mujeres (y es la única vez que se hace referencia a ellas) cuya historia parece poco significativa, intrascendente e, incluso, descartable. Ambas, sin embargo, tuvieron una participación destacada en los inicios de la iglesia en Jerusalén, aunque para otros, no necesariamente sería así. La referencia particular es a María, la madre de Juan Marcos (12:12), cuya casa fue uno de los lugares de reunión de los discípulos en Jerusalén (12:12) y Rode, una muchacha esclava, con una confianza enorme en el poder liberador de Dios.

En pocas palabras, cuando Lucas las menciona en su relato, así sea en forma apresurada, describe su presencia y su participación activa en la naciente iglesia de Jerusalén. Incluso podría afirmarse que datos como este (las menciones a María y a Rode) indican que las mujeres no estuvieron ausentes en el cristianismo originario. Indican más bien que su presencia no se podía ocultar y que en cierta forma, a pesar de la cultura patriarcal de ese tiempo, no era fácil descartar su participación en el día a día de la caminata colectiva de la comunidad de discípulos de Jerusalén. Lucas se informó de estos antecedentes y los registró cuando escribió esta parte de la historia del naciente cristianismo.

María: La madre de Juan Marcos

El contexto inmediato del relato de Lucas es tanto la muerte de Jacobo, hermano de Juan, por orden de Herodes (12:1), como la prisión de Pedro también por orden de Herodes (12:3). Lucas precisa, además, que tanto la muerte de Jacobo como la prisión de Pedro, formaba parte de las acciones de persecución a la naciente iglesia decretada por Herodes: «...el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles» (12:1). Sin embargo, como enfatiza Lucas en su relato, Dios intervino en forma milagrosa para liberar a Pedro, quien luego de varias peripecias, entendió que Dios había actuado para librarlo de la prisión (12:6-11). Pedro, entonces, se dirigió a uno de los lugares donde él sabía que se reunían los discípulos: la casa de María, madre de Juan Marcos (12:12).

La casa de María tuvo que haber sido bastante grande o suficientemente espaciosa, para que en ese lugar se reúnan varios de los discípulos, con el fin orar por Pedro que estaba en la prisión: («...donde muchos estaban reunidos orando» (12:12). Ella, probablemente, tenía recursos económicos suficientes para tener una casa con un patio que daba a la calle, como se puede deducir de la mención que Lucas proporciona cuando narra las acciones de Pedro

luego de salir de la cárcel y de Rode cuando se dirigió a abrir la puerta: «Cuando llamó Pedro a la puerta del patio, salió a escuchar una muchacha llamada Rode, la cual, cuando reconoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corriendo adentro, dio la nueva de que Pedro estaba a la puerta» (12:13-14).

Cualquiera haya sido la posición económica de la madre de Juan Marcos, lo se tiene que resaltar, sin embargo, es que ella puso a disposición de la comunidad de discípulos su propiedad, sabiendo incluso que la localización de su casa podía ser fácilmente ubicable por los enemigos de la iglesia, como el rey Herodes. Lucas da cuenta así en su relato, que una mujer, María, estuvo dispuesta a sufrir las consecuencias de identificarse con un grupo de personas seguidoras de un profeta galileo que había sido crucificado como un enemigo del imperio.

Ella, entonces, como lo harían luego Lidia en Filipos (16:15, 40), Priscila y Aquila en Roma y en Éfeso (Ro. 16:5; 1 Co. 16:19) y Febe en Cencrea (Ro. 16:1-2), comprendió que no solamente la vida, sino además las posesiones materiales, tenían que estar al servicio de la proclamación y la extensión del reino de Dios. Pero no todo quedó en la experiencia de estas discípulas en el cristianismo primitivo, particularmente, la experiencia y el compromiso de María. Es así, porque siguiendo su ejemplo de compromiso cristiano, muchas mujeres creyentes de ayer y de hoy, también comprendieron que todos los recursos materiales, además de los saberes y las experiencias (como en el caso de Dorcas, Hch. 9:36-42), tienen que ser ofrendas de gratitud y compromiso al servicio del evangelio.

¿En cuántos hogares de mujeres, a lo largo de la historia de la iglesia, comenzaron a reunirse creyentes, para luego, establecerse como una iglesia? ¿Cuántas mujeres, sin ser oficialmente misioneras o pastoras, cedieron sus casas para que en ellas se reúnan los nuevos convertidos y se vaya formando una iglesia? María, la madre de Juan Marcos, y otras mujeres creyentes de distintos trasfondos, con su ejemplo y su compromiso, demuestran que las personas de a pie (los “laicos”) también están inmersas en la misión de Dios, dando su tiempo y sus posesiones materiales, como señal de compromiso visible con la propagación y la extensión del reino de Dios en diversos lugares y realidades. Y, especialmente, considerando la experiencia de la madre de Juan Marcos, no se puede negar que desde un inicio las mujeres tuvieron una presencia visible y destacada en el cristianismo primitivo.

Rode: Una esclava creyente

La muchacha Rode era, probablemente, una esclava en casa de María. Esta muchacha, a diferencia de los otros discípulos que estaban reunidos en casa de la madre de Juan Marcos orando por Pedro (12:12), fue capaz de reconocer la voz de Pedro cuando se dispuso a abrir la puerta (12:14), y de anunciar a los discípulos «la nueva de que Pedro estaba a la puerta» (12:14). En otras palabras, Rode sí creyó en la respuesta divina a la oración de los discípulos, porque luego de reconocer la voz de Pedro (lo que supone que conocía personalmente a Pedro y distinguía claramente su voz de otras voces), llena «de gozo» o de alegría, corrió a comunicar esta buena noticia a los demás. Las acciones de Rode indican que ella era una discípula de Jesús acostumbrada a escuchar a Pedro y, por eso mismo, se puede deducir que se trataba de una creyente que participaba fielmente en la comunidad de discípulos de Jerusalén que acostumbraba reunirse en casa de la madre de Juan Marcos.

Sin embargo, los discípulos pensaron que era una fantasía o imaginación de Rode, y no dieron crédito a sus palabras; es decir, la ningunearon e intentaron descalificar su testimonio. A Rode, como ocurrió con las mujeres galileas que comunicaron a los discípulos la realidad de la resurrección de Jesús (Lc. 24:11), cuando también anunció que era Pedro quien estaba tocando la puerta del patio de la casa de la madre de Juan Marcos, le dijeron: «...Estás loca» (12:15). Pero ella no estaba loca, no decía tonterías, no hablaba disparates ni sandeces, y no estaba teniendo desvaríos. Pedro en realidad había sido liberado (12:6-11) y era quien tocaba la puerta del patio de la casa de María.

Una muchacha esclava, creyente, contra todo pronóstico y a contracorriente, fue testigo de un acto milagroso del Señor, y fue capaz de comprender que la oración de los discípulos había sido escuchada, y que Pedro había sido liberado. Ella no estuvo loca ni hablaba disparates. Y en su alegría, en lugar de abrir la puerta a Pedro, fue corriendo a comunicar la buena noticia de su liberación a los otros discípulos que, según el relato lucano, fueron incapaces de creer en esa buena noticia. ¿No ocurre así en ocasiones, es decir, oramos, pero no necesariamente creemos en la respuesta inmediata de Dios a nuestras oraciones? Pero, como en este caso, siempre habrá una Rode que cree limpiamente, se alegra sobremanera y se convierte en comunicadora de la acción liberadora de Dios.

Mujeres como Rode sazonan la historia de la iglesia. De sus locuras, de su compromiso y alegría, de su disposición a creer a pesar de las condiciones contrarias, de su coraje y capacidad para ir contracorriente, ha dependido y depende mucho la extensión del Evangelio en distintos contextos. Ellas creen y actúan, imaginan nuevas iglesias donde otros solo ven problemas, saben que Dios responde a las oraciones cuando los demás no creen en la respuesta inmediata de Dios. Estas mujeres tienen la impronta de Rode, porque así les llamen locas o alucinadas, charlatanas o “histéricas”, siguen adelante, y nunca están calladas a pesar de todos los intentos de amordazarlas o silenciarlas. De mujeres como Rode están llenas las iglesias evangélicas populares, es decir, mujeres de fe y con coraje que con sus palabras y sus acciones hacen posible que la buena noticia del reino de Dios se extienda a otros lugares a pesar de las circunstancias adversas que a menudo se presentan.